

# ¿Cuál cambio?

escrito por Ximena Echavarría

El reciente nombramiento de Juan Fernando Cristo como ministro del Interior ha generado una oleada de críticas y preocupaciones dentro del panorama político nacional. En un momento en el que el país clama por un liderazgo renovado y políticas innovadoras, la elección de Cristo representa un retroceso significativo, tanto en términos ideológicos como de prácticas políticas.

Juan Fernando Cristo, exsenador y exministro de Interior y de Justicia, es una figura que si bien tiene una larga trayectoria política, ha sido constantemente asociado con prácticas tradicionales que en definitiva resultan anticuadas y obsoletas. Su historial está marcado por una serie de decisiones controvertidas y una postura que a menudo se alinea más con los intereses de la clase política tradicional que con los del ciudadano común.

En primer lugar, uno de los mayores cuestionamientos al nombramiento de Cristo radica en su papel durante el proceso de paz con las FARC. Aunque el Acuerdo de Paz es un logro significativo para el país, el manejo de su implementación ha sido criticado por falta de transparencia y por no haber cumplido con las expectativas de muchas víctimas del conflicto. Cristo, como uno de los principales arquitectos del acuerdo, no ha escapado de estas críticas, y su regreso al Ministerio del Interior genera dudas sobre su capacidad para manejar de manera justa y efectiva los desafíos actuales en términos de paz y reconciliación.

Además, su trayectoria en el Senado estuvo plagada de acusaciones de clientelismo y corrupción, prácticas que, han caracterizado a buena parte de la política nacional. Aunque nunca ha sido formalmente acusado de delitos, la percepción pública de Cristo está inevitablemente teñida por estos señalamientos. En un país donde la confianza en las instituciones es ya de por sí frágil, la designación de una figura tan polarizante no contribuye a mejorar la imagen del gobierno ni a fortalecer la credibilidad de las políticas públicas.

Otro aspecto preocupante del nombramiento de Cristo es su enfoque en la seguridad y el orden público. Durante su anterior mandato como ministro, se implementaron políticas que exacerbaron la militarización de la seguridad ciudadana y no abordaron adecuadamente las causas subyacentes de la violencia. Con un país enfrentando niveles crecientes de inseguridad y un aumento en los conflictos sociales, es crucial que el Ministerio del Interior adopte enfoques más holísticos y centrados en la prevención, en lugar de recurrir a medidas punitivas y represivas.

La inclusión de Cristo en el gabinete también refleja una falta de renovación en la política colombiana. En un momento en el que se necesita urgentemente una nueva generación de líderes que traigan consigo nuevas ideas y enfoques frescos, recurrir a figuras del pasado es una medida desesperada y poco inspiradora. Esto envía un mensaje desalentador a los jóvenes y a los reformistas dentro del país, quienes podrían sentirse desmotivados al ver que las oportunidades de cambio se ven obstaculizadas por la perpetuación de las mismas caras y prácticas de siempre.

Finalmente, es esencial considerar el impacto que este nombramiento tendrá en la relación entre el gobierno y la sociedad civil. Las organizaciones y movimientos sociales, que han jugado un papel crucial en la promoción de los derechos humanos y la justicia social, y que fueron los principales defensores de las propuestas de Gustavo Petro en campaña, han expresado su preocupación por la capacidad de Cristo para entender y apoyar sus demandas. La desconfianza hacia su figura podría agravar la ya tensa relación entre el Estado y estos actores, dificultando aún más la implementación de políticas inclusivas y efectivas.

En conclusión, el nombramiento de Juan Fernando Cristo como ministro del Interior representa un paso en la dirección equivocada para un país que necesita con urgencia renovación y liderazgo visionario. Su historial, marcado por controversias y prácticas políticas tradicionales, no augura un cambio positivo para el manejo de los desafíos actuales. En vez de mirar hacia el futuro con nuevas caras y enfoques innovadores, el gobierno parece estar aferrado a un pasado que ha demostrado ser ineficaz y dañino. Con este nombramiento se confirma lo que muchos

analistas han establecido y es que Gustavo Petro no representa el cambio, el presidente y sus decisiones es la materialización de un gobierno de políticos tradicionales que han visto la política como una herramienta transaccional para satisfacer sus intereses personales y no como el instrumento para cambiar la realidad de Colombia.

Otros escritos de esta autora: <https://noapto.co/ximena-echavarria/>